



Proceso de construcción de los posicionamientos políticos, sindicales y educativos del SUTEBA

Capítulo I

Una rendijita de esperanza (o cómo enfrentar el avance neoliberal)

1990-1993

La no resignación frente al avance de las políticas neoliberales. La resistencia al vaciamiento de la educación. Conciencia de la necesidad de conciliar la defensa de los intereses sectoriales con la realización de los intereses del conjunto).

Textos

“En la selva de la economía “libre” y de “mercado””
(Memoria 1990)

“Tomar la educación en nuestras manos”
(Memoria 1991)

“Empezamos a escribir otra historia”
(Memoria 1992)

“No es la lucha por el salario, es la lucha por la Educación Pública”
(Tercer Congreso Provincial de Formación Pedagógica – Octubre 1993)

“En la selva de la economía “libre” y de “mercado””
(Memoria 1990)

Las páginas de los diarios muestran hoy una sucesión significativa de episodios de corrupción en los niveles dirigentes de la sociedad y una despreocupación aún más alarmante de esos mismos sectores sobre las condiciones de vida de vastos y cada vez mayores sectores de nuestro pueblo, desprotegidos y desamparados en lo asistencial, en la salud, en la educación, en la alimentación, en la vivienda...

Lo que los diarios -o la mayoría de ellos- no dicen, es que en rigor de verdad estas realidades no son causa, sino consecuencia de las políticas de entrega y remate del patrimonio económico, cultural y social de nuestra Nación, de parte de un Gobierno que ha tenido la virtud de hacer todo esto y de traicionar y desvirtuar el mandato popular de 1989, sin sonrojarse (...)

En ese marco se inscribe la situación de colapso que vive el sistema educativo argentino y la caída a pique de nuestros salarios, con lo cual se está dañando de manera irreversible a las próximas generaciones que en la selva de la economía “libre” y de “mercado” han quedado a la intemperie.

La lucha irrenunciable del SUTEBA por nuestros derechos y por una educación digna (...) constituyen el símbolo más claro de que no estamos dispuestos a resignarnos, ni a resignar el futuro de nuestros alumnos.

Desde “el Gremio”, y a pesar de todo, seguimos construyendo, entre todos y sin sectarismos, convencidos que sobre los problemas de fondo el pueblo argentino -como las aguas de un río- sabrá sortear todos los obstáculos que se interpongan en su camino para alcanzar un destino de grandeza y una patria con justicia.

“Tomar la educación en nuestras manos”

(Memoria 1991)

1991 fue el año de profundización y extensión del ajuste económico sobre las provincias, a las que la Nación -trocando el papel que habitualmente desempeña en su relación con la banca extranjera- les exigía el “cumplimiento de los deberes”.

Con el mismo tono neutro y distante con que hoy se anuncia que “el cólera ha llegado” -como si se tratase de una inclemencia de la naturaleza que no tuviera nada que ver con las condiciones miserables de vida de millones de personas que así pagan tributo a la consolidación de un orden económico hecho a la medida de los intereses de los que tienen la sartén por el mango- del mismo modo se anunciaba la nueva fase del ajuste. (...)

Como un claro signo de los tiempos que venían, los reclamos de aumento de salarios fueron desplazados por las demandas de pago en término. La huelga cedió lugar a la retención de la prestación del servicio por falta de pago, expresión impiadosa del retroceso que en esta Argentina del “Primer Mundo” sufrimos los asalariados.

Pero esta sucesión de conflictos, ese deterioro progresivo en que caían las escuelas ante el abandono a que las condenaba el desentendimiento del gobierno, alimentaba un discurso oficial que día a día ganaba espacio en los medios de comunicación y que, paradójicamente, consistía en transferirle la responsabilidad de tal estado de cosas a los propios docentes, a sus gremios y a una suerte de mal congénito que según las doctrinas que nos llegan del norte es propio de todo servicio público.

De tal modo que cada acción de protesta, en lugar de poner en el banquillo de los acusados a los causantes de esta situación, terminaba poniendo ahí a los propios docentes y a la misma escuela pública, a la que se contraponía el supuesto eficientismo de la gestión privada. Lo cierto es que, en medio de ese clima, los paros que se reiteraban-con el agravante de que rara vez coincidían en las fechas con los otros gremios- además del ausentismo abusivo de muchos que en lugar de optar por enfrentar de conjunto a la situación preferían la individual y se borraban, más el deterioro anímico que envolvía a docentes y alumnos, fueron el caldo de cultivo de una prédica sistemática para desprestigiarnos ante la comunidad. Tras de esa prédica pretendía ocultarse el desgobierno y el desinterés más absoluto sobre la educación, que se expresó patéticamente cuando en uno de los tantos actos de protesta, después de ocupar el propio despacho del Director General de Escuelas y mientras permanecíamos ahí sin que eso inmutase a nadie, tuvimos la certeza de que esa no era la sede del gobierno de la educación. O mejor dicho, de que ese gobierno en realidad no existía en ninguna parte. Ni planes, ni proyecto, ni poder para decidir sobre nada, como no fuese para cumplir las órdenes de Economía: mas ajuste. Es más, el dejar que nos deslizáramos por el tobogán del conflicto hacia la nada, formaba parte de una acción deliberada de “ablande” de la opinión pública.

En estas condiciones fue madurando la necesidad de encontrar otras variantes de lucha que, al mismo tiempo que no nos dejaran inermes ante el vaciamiento de la educación, no ahondaran la

ruptura de los lazos solidarios entre los docentes y la comunidad. Miles de compañeros tomaron parte de ese debate en las Asambleas y la respuesta concreta a esa necesidad se produjo con la resolución de “tomar la educación en nuestras manos”, que significó una apuesta a la posibilidad de asentar la acción gremial en la solidaridad con el conjunto del cuerpo social, para empezar a trocar el “unos contra otros” (ferroviarios versus usuarios, maestros versus padres, etc.) que se genera desde las usinas de poder, por el “uno junto a otros” de quienes sabemos imprescindible conciliar la defensa de los intereses sectoriales con la realización de los intereses del conjunto. En concreto, tender a generar condiciones en que la solución de los problemas particulares vuelva a poder plantearse como parte de la realización de una sociedad más justa.

“Empezamos a escribir otra historia” *(Memoria 1992)*

Tras tanta palabra para explicar lo inexplicable y para justificar lo injustificable, la convocatoria a la constitución del CTA empieza a plasmar una nueva propuesta sindical que rompe con el verticalismo, con la corrupción, con la subordinación a los aparatos partidarios y a los gobiernos de turno.

La constitución del Congreso de los Trabajadores Argentinos en el Congreso realizado en Parque Sarmiento, del cual participaron más de 3.000 delegados de todo el país, significa el punto de partida para la constitución de un movimiento sindical basado en la práctica de la democracia interna, en la honestidad y el compromiso militante de sus dirigentes y en el rescate de la independencia de los trabajadores respecto de los gobiernos y el poder económico.

Con este desafío, el de crear -junto a otros sindicatos que resolvimos no tomar parte de la CGT hegemónica por el menemismo- un espacio en el cual los trabajadores puedan expresarse y decidir, sin tutorías de ninguna índole, cómo enfrentar el avance neoliberal cerramos un año plagado de dificultades, pero que abre una rendijita a la esperanza.

Visto desde la lacerante cotidianeidad de las escuelas a las que llegamos con la fatiga del doble y triple cargo y en las que la miseria deja de ser una cifra estadística para asumir el rostro de nuestros alumnos, quizás parezca muy poco. Pero es el principio. Hoy ya no somos sólo los docentes ni dependemos de la voluntad de ningún jerarca sindical. Junto a los jubilados y los compañeros de otros gremios empezamos a escribir otra historia.

“No es la lucha por el salario, es la lucha por la Educación Pública” *(Tercer Congreso Provincial de Formación Pedagógica – Octubre 1993)*

Si leemos la historia de lo que fue el desarrollo de la educación pública en nuestro país, nuestras escuelas y los docentes se multiplicaron cuando hubo planes de gobierno que se plantearon la inclusión social, es decir, incorporar a las grandes masas que estaban marginadas en el interior, en las grandes urbes, a la vida activa de nuestro país. Incorporar la gente al trabajo, hacerla formar parte de la sociedad. Para ese plan de inclusión hubo que diseñar un sistema de educación que era amplio y democrático. La mayoría de nosotros somos hijos de trabajadores y llegamos a ser docentes. Y no es muy común viajar por países de América o por África y encontrarse con que hijos de trabajadores llegan a ser docentes. En muchos países a los que quieren tomar como modelo de lo que tiene que ser la futura Argentina, la segmentación social es muy profunda y muy abrupta. En nuestro país la escuela democratizó la sociedad; más allá incluso de los contenidos de la escuela, más allá de lo buenos o malos que hayamos sido los docentes. Pero esa frase tan común, cuando nos dejan un chico a principios de año y el padre dice: “Maestro... si le tiene que hincar, si le tiene que retorcer la oreja, hágalo, pero yo quiero que mi hijo estudie para que no sea como yo”, eso en otras partes de América no existe, porque la escuela no se vincula a la posibilidad de modificar la expectativa social de la gente. La escuela allí es para los que quieren ir, para los que pueden pagarla. Esto es la gran lucha que tenemos por delante.

No puede haber una escuela progresista con contenidos reaccionarios. Esto que nos quieren mostrar, que la escuela se moderniza y avanza porque contratan 4 ó 5 técnicos de FLACSO para darles un poco de barniz progresista a las propuestas, en una sociedad donde la mayoría de nuestros chicos concurre en las condiciones que nosotros vemos, ¿es posible? ¿Es posible una escuela progresista con una maestra que gana \$ 200 y \$ 100 que los pierde por el presentismo? ¿Es posible una escuela progresista en un país donde los valores que se quieren imponer no tienen nada que ver con lo que enseñamos? Nosotros todavía estamos vinculados a la vieja sintonía, a los viejos valores, y esto de viejos lo digo entre comillas. Enseñamos que hay que ser solidarios, a no competir, les decimos a los chicos *“honra el trabajo, eso es lo que honra a la gente”*. Pero cuando ese chico sale del aula, ¿los valores que les plantea la sociedad siguen siendo los mismos? ¿Por qué se plantea el fracaso de la escuela media? Nuestros chicos en la primaria nos creen que el trabajo honra. No han vivido la calle, la mayoría de ellos, como para darse cuenta de que lo que les decimos no es moneda de cambio afuera de la escuela. Pero no pasa lo mismo con el chico de la escuela media: él está viviendo la crisis de valores de la sociedad, donde se intenta terminar con el principio de la solidaridad y la justicia. Hoy la gran lucha que nosotros tenemos, como docentes, como parte del pueblo argentino, es enfrentar el interrogante sobre quién va a definir el destino de este país. Es la prepotencia de tener o es la posibilidad de pensar. Es la prepotencia de los que tienen la sartén por el mango o es la posibilidad de la participación de la gente común que se une en torno a ideales comunes, a ideales que pretende compartir. En esta situación estamos hoy. No creo que toda esta descripción objetiva de la realidad tenga que servir para que ahora salgamos a buscar la primera farmacia de turno y compremos algún frasquito de cianuro. Tenemos que irnos absolutamente convencidos de que la lucha estratégica hoy, es la lucha por el conocimiento. Eso es lo que se plantea el poder. Y ésa es la razón de ser de toda esta operación de cirugía mayor, de este intento de precarizar el sistema educativo argentino. Su objetivo: cambiarle la mentalidad, la cultura, la experiencia social a este pueblo. Los técnicos norteamericanos, los que nos miran, los que nos auscultan, como si fuéramos microbios en una plaqueta de laboratorio, dicen: *“Aquí hay mucha clase media todavía, aquí hay mucho pensamiento progresista, aquí la gente discute mucha política en la calle, aquí todavía hay imposibilidad de imponer lo que se necesita para que este país sea viable”*. Hay mucha resistencia en la gente; nuestra historia, nuestra cultura está vinculada a eso. Nosotros ya no podemos pelear simplemente por el salario, por la estabilidad laboral. Porque no va a haber estabilidad laboral, salarios ni paritaria si no existe financiamiento para la educación, si no existe escuela pública, si no existe democratización en lo que es la distribución del conocimiento en la sociedad. Si existe todo eso, la consecuencia va a ser maestros cada vez mejor formados, profesores cada vez más respetados, salarios cada vez más dignos, pero si no existe será bastante difícil plantárselo. (...)

Debemos plantear esto como la lucha del pueblo argentino, no como la lucha de los docentes argentinos. No es la lucha por el salario, no es la lucha por la estabilidad, es la lucha por la defensa de la educación pública. La existencia o no de la educación pública determina la diferencia. Y no basta con educación primaria, porque ésa es otra trampa que hay que desnudar.

La educación primaria, como lo plantea el Banco Mundial, es fábrica de mano de obra barata, mano de obra cautiva de las grandes empresas. Tenemos que plantear un sistema educativo nacional, integrado, con capacidad de desarrollar ciudadanos que piensen y que se puedan vincular de la única manera que hoy uno se puede vincular en una sociedad moderna, que es a través del conocimiento. Esa es la herramienta estratégica, y creo que tenemos terreno para avanzar. En nuestro país la Educación Pública es una institución, es una experiencia social de la gente, es algo que la gente no quiere resignar, a lo que no quiere renunciar. Y ése es el punto en el cual nos tenemos que hacer fuertes. El año pasado lo que querían aprobar se paró cuando los chicos, los padres y nosotros salimos a la calle. Y es verdad, quedó un engendro. Porque fue el producto de lo que ellos quieren sacar (y hoy tienen fuerza política para hacerlo), enfrentados a la movilización de la gente. Y salió algo de lo que queríamos nosotros y mucho de lo que querían ellos. Ahora van a intentar volver a avanzar. Por ejemplo, con esta reprimarización de la educación, el 8º y 9º. Pero nosotros tenemos una fuerza fundamental. La gente nos respeta. Nos respeta porque sabe qué

ganamos y con lo que tenemos cualquiera de nosotros podría estar en otro lado, ganando mejor. Nos respeta porque sabe que le hablamos desde la verdad, desde el corazón, desde gente que se entrega a lo principal que tenemos que son los chicos. El gobierno hace cada dos meses una encuesta; está desvelado para ver en qué momento se va a quebrar la curva de confianza que la comunidad deposita en sus docentes. Cada dos meses la misma pregunta, cada dos meses la misma respuesta: la gente cree en los docentes. Y tenemos un arma muy grande: en cada casa de un argentino hay un chico que estudió, un chico que estudia, en cualquier nivel. Es decir, las terminales nerviosas de nuestro gremio no terminan en los lugares de trabajo. Los vasos comunicantes de nuestro gremio terminan en la casa de cada uno de nuestros chicos y eso es lo que tenemos que saber utilizar. Tenemos una posibilidad muy grande; el próximo año va a ser un año en donde se va a definir en gran medida lo que va a ser esta institución tan importante para nuestro pueblo que es la escuela pública. Tenemos por delante una discusión profunda y muy compleja porque, además, nos enfrentamos a un gobierno legítimo. Es un gobierno legitimado por el voto de la gente. Y esto lo hace muchísimo más complejo. Es más, mucha gente que vota a este gobierno rápidamente nos pide a nosotros que la protejamos de lo mismo que ha votado. Es un panorama de una gran complejidad, pero ésta es la tarea fundamental. Todas las propuestas de gobierno terminan fracasando en un punto: cuando no tienen el apoyo de la gente. Los que tenemos más de veinte años en esto, hemos vivido reformas y reformas. Hemos pasado muchas y muy difíciles... y nos mantenemos de pie, y nos mantenemos con dignidad. No nos entregamos al mejor postor; seguimos defendiendo ideales, seguimos siendo íntegros, no nos estamos comiendo las entrañas entre nosotros. Es más, a este desafío le sumamos otro: construir un sindicalismo en el que podamos rescatar lo mejor de la historia y la lucha de los trabajadores, de nuestros inmigrantes, de los que se incorporaron después, del interior. Un sindicalismo donde no haya patrones-empresarios metidos a dirigentes. Esta es la propuesta del Congreso Nacional de Trabajadores Argentinos (CTA). Tratar de construir una organización sindical que sea autónoma del gobierno, autónoma del poder económico, autónoma de los partidos políticos para poder mostrar un camino, construirlo de conjunto. La historia de la CTERA tiene mucho que ver con el intento de construir una herramienta sindical que realmente nos posibilite cambiar esto. Creo que lo vamos a poder hacer.